

saber tener dinero, y para tener dinero hay que ganarle, y los que ganan dinero se llaman comerciantes. ¿Quieres ser comerciante ó ir en coche?

— ¡Quiero ser comerciante y andar en coche!

Y como no le podía sacar del coche, el padre se fué á pie á dormir, pensando que... ya había pensado bastante.

Si aquella manía de ir en coche no le había acabado de gustar, lo de comerciante le gustaba, y se durmió como se dormía siempre : sin pena ni alegría.

VI

A lo que llevan cuatro rizos cuando se llevan con vanidad, y de los atropellos que le costaron á Ramoncito, al señor Pablo y á un infeliz borrego que no tenía culpa ninguna.

Aquellos rizos de Ramoncito tuvieron consecuencias.

La procesión del Corpus se acercaba, y pensando en la procesión, á la señora del principal se le había ocurrido una idea.

Ya que el niño era tan rizado, tan rubio y tenía aquella cara de figurita de nacimiento, de angelito de altar, de «niño», ¿por qué no llevarle á la procesión de la parroquia vestido de San Juan, con su cordero correspondiente y con todos los requisitos de estos casos? Si ella tuviese un niño tan «niño», ¡ya lo creo que le llevaría! No esperaría á que creciese, que cuando estas criaturas pasan de los cinco años, hay que cortarles el pelo, y un niño sin pelo ya no es ni niño ni hombre.

La idea entusiasmó á la madre. Realmente, ver á su hijo vestido de San Juan entusiasma á cualquier

madre, por poca devoción que tenga, y ella podía ser ahorradora, pero para el hijo no le dolía gastar; pero Esteban ya era distinto: había sufrido aquella quiebra (siempre que había que gastar la sacaba á colación) y el vestido de San Juan trae mucho gasto; hay que comprar pieles, cayada, corona, banderita, sandalias y medias de color de carne, y sobre todo, hay que comprar un cordero, porque un San Juan sin cordero es como un establecimiento sin género, y él no estaba para desembolsos con el déficit de aquella quiebra.

La madre insistió, diciéndole que lo que más cuesta del vestido son las cintas y las trencillas, y que de eso tenían ellos saldos; y que en lo tocante al cordero, en cuanto hubiese servido para el «acto», le podían matar y comérsele, y que la satisfacción de un padre al ver á su hijo andando entre lo mejor de Barcelona no se paga con dinero ni con comida. Esteban contestó que un paso de tanta transcendencia vale la pena de meditarlo, y, por fin, como en todos los casos, fué el padrino quien lo resolvió con cuatro líneas de sentencia.

— Que vaya — dijo el padrino —. Bueno es conservar las tradiciones que no perjudiquen al crédito; y el ir vestido de San Juan no perjudica á nadie: ni al buen nombre, ni á vosotros, ni á la seriedad de la casa.

¡Ya estaba hecho! Venga prepararse y hacer las cosas como se debe; el señor Pablo, el tenedor de libros, acompañaría al niño, porque Esteban era de-

masiado serio para ir acompañando criaturas. Pondrían bancos á la puerta para ver pasar la procesión, y sobre todo á Ramoncito; convidarían á las familias que cupiesen en los bancos, y después darían refresco: el chocolate de siempre, bizcochos, dulce y toda el agua que quisiesen.

Para dar á entender al tenedor el cargo que le encomendaban tardaron más de media hora; las voces se oían en la azotea; pero cuando lo hubo entendido, lo aceptó, y hasta lo aceptó con alegría. El traje que había de llevar el San Juan no costó tantos gritos, pero costó más discusiones: que si había de llevar la corona sostenida por un alambre, que si las sandalias son encarnadas, que si San Juan llevaba barba... Todo el mundo dió su opinión; y en cuanto á la compra del cordero, fué una cuestión tan seria, que por poco lo echa todo á perder: la madre le quería blanco, porque el tal animalito debe de ser blanco; Esteban le quería gordo, porque de tanto andar el pobre animalejo se queda flaco, y cuando se le va á matar no queda más que el pellejo, y éste lo mismo da blanco que negro; y, por fin, partiendo diferencias, llegaron á comprar uno que no podía ser más apto para el paso y para la alimentación: era un cordero limpio, blanco y gordito, con unos ojos de resignación en los que se veía que ya sospechaba lo que le había de pasar; con un aire tan modesto, que si le hubiese visto San Juan le hubiese adoptado como cordero honorario, y con un aire de tristeza, que sólo con verle una vez ya se le tomaba cariño.

Ramoncito, en cuanto le vió, le tomó tanto cariño y se alegró tanto de tenerlo, que le hizo subir al entresuelo y bajar al establecimiento; y aquí caigo y allá me levanto, las cajas rodaban por el suelo y los ovillos iban por el aire, convirtiendo «La Puntual» en corral del animalejo y del pastor que le guiaba.

Suerte que no duró más que cuatro días aquella vida bucólica, porque si no á Esteban le da un ataque.

Llegó el día de la procesión, y, después de haber comido, esperaron á los convidados, arreglaron los bancos fuera y vistieron á Ramoncito.

Las Marías, la señora del principal, la señora Pepa, la señora Felicia y la señora Rosita ayudaron á vestirle; pero el que más ayudó fué el cordero, porque si él no hubiese estado allí entreteniendo al chiquillo, no le hubiesen podido vestir con aquel genio que tenía. Primero le peinaron los rizos, que para ellos se hacía la fiesta; después le pusieron las mallas, unas mallas de color de rosa, que talmente parecían de carne si la carne fuese de ese color; y como le venían anchas, se las sujetaron con cintas y con todo un papel de alfileres; después las sandalias, también de color de rosa, pero con dos «chous» como dos granadas, que le caían sobre los dedos de los pies; después las mangas de seda de color de prado, á dos pesetas la cuarta, y encima de todo la pellica, que era de otro cordero, y la corona y los lacitos; y ya no más faltaba adornar al cordero, que era tan delicado como lo demás, porque hubieron de ponerle

tantas flores en el rabo, y rosas de papel en el lomo y en la cabeza, y lazos en las cuatro patas y cintitas en todas partes donde le cabían, que parecía que «La Puntual» anunciaba con el animalejo la mercería.

Cuando estuvieron los dos adornados hubo un clamor de admiración. Nunca, pero nunca se había paseado por el barrio un San Juan tan San Juan como aquél. Aquello no era un niño: era una figurita de azúcar; ni el borrego un borrego de carne, sino de mazapán. Ni en los altares ni en las estampas se había visto nunca pareja tan bien proporcionada y tan piadosa.

Esteban subió á verla, y no sintió alegría porque estaba pensando en el gasto, pero tampoco tuvo tristeza, porque después de todo era padre. Dieron de merendar á San Juan y un poco de alfalfa al compañero; llegó el señor Pablo de levita, y salieron hacia San Cugat, con toda la vecindad á las puertas, armando un escándalo y dando unas voces, que hasta el centinela se volvió para ver qué pasaba.

Cerca de San Cugat, San Juan quiso hacer lo que no hay ley ni santidad que prohiban. Y para el pobre tenedor de libros aquí empezó el primer trabajo. La criatura lo pedía de sobra, pero él no la oía, y cuando la oyó ya era tarde. Como le habían atado las mallas por debajo de la pellica, y como para quitar la pellica había que desabrochar el traje, y como el niño tenía prisa, y como también era práctico, cansado de llorar... se decidió, y el color de rosa de las

mallas quedó de un tono un poco más subido de arriba abajo de las piernas.

Así y todo, siguieron. El señor Pablo pensó que aunque fuese un poco mojado, no todos los San Juanes están secos, y con la convicción de que el tiempo lo seca todo, llegaron á la parroquia.

Ya era hora; los gigantes se impacientaban, y dando saltos y vueltas, ya habían emprendido la marcha, con los enanos y los cabezudos, que les seguían.

Después de los cabezudos venían los niños; todas las escuelas de la vecindad, todos los chiquillos del barrio, todos los aprendices de todos los gremios fueron pasando, con los cirios en la mano y con el pelo recién cortado, rapado hasta la raíz, con polainas, viéndoseles en las frentes estrechas, en el cráneo alto y en los ojos hundidos, que eran hijos de una raza tozuda, que les habían dado pomada, pero que no estaban hechos para pomadas, sino para el sudor del trabajo. Pasaba el porvenir de la Ribera: los que habían de levantar los pisos sobre los cimientos de aquellas casas hechas con capiteles rotos y grava de columnas góticas; pasaban los Estebanillos, reconcentrados, serios y arringlerados, de mirar resignado, pero firme; y era tal el aire fornido que tenían aquellos niños, que cuando pasaba el hijo de algún noble con el criado viejo al lado, la blancura de aquella cara y los bucles y las manos pálidas parecían por contraste flores enfermizas de alcoba que habían de derretirse como los cirios; flores de grieta de pan-teón al lado de ollas de alfarero.

Después de los niños, los Esteban, los curtidores, los tenderos, los comerciantes en grano, los albañiles, los tejedores, los carreteros, los basteros, toda la gente de fuerza y de trabajo, que dentro los chalecos apretados tenían músculos rebosantes, mal sujetos y encogidos por la ropa; después los señores Esteban, los comerciantes retirados, concejales y alcaldes de barrio, los puntales de la barriada, los que habían hecho fortuna y llevaban arrugas en la frente y lacras bajo la levita; después los curas y los soldados, y después la manada, la angelical manada de vírgenes, santitos y angelotes: finales de ramillete, como nuestro Ramoncito, que eran la ilusión de otras tantas madres. Al San Juan y al cordero y al señor Pablo les pusieron en medio de las filas, y fueron andando.

Hacia la capilla de Macús caminaba la procesión entre una nube de papelillos y una alfombra de retama. Desde los balcones á la calle y desde la calle á las azoteas era una lluvia de colores, una vibración coloreada, una nevada de vida que llenaba la calle de alegría. Aquellas casas negras y enmohecidas habían echado el alma fuera, y los damascos verdes y rojos, y las colchas antiguas, y las cortinas de la alcoba, las alfombras de la sala, todo el poco de gozo y todos los trapitos de los días de fiesta que regocijaban el interior, los habían puesto en los balcones. Aquellas mujeres menestralas habían sacado todos los trajes de la cómoda de caoba, donde dormían todo el año doblados y con aroma de camuesa, y los

habían puesto á la luz. Aquellas muchachas de Ribera, de ojos soñadores y manos duras, también se habían engalanado con las mantillas blancas y pañuelos de colores y mejillas encendidas, y habían arrancado todos los claveles y las rosas y los jazmines de todos los tiestos de las ventanas, y los llevaban sobre el pecho, en el cuello, en la cintura, en la dorada polvareda del cabello rubio, y de punta á punta de Ribera las calles temblaban verdaderamente de vibración y de movimiento, como si cayese un polvo hecho de chispas de gloria.

La procesión caminaba solemnemente, majestuosa, poco á poco, tan majestuosa y tan poco á poco, que de una calle á otra tardaba más de media hora, y la gente hacía comentarios sobre todos los que iban pasando.

— Aquél es el alcalde del Born.

— Aquél es aquel tendero que hizo fortuna con los azúcares.

— Ése es el gran comerciante en aves de la calle de Flassaders.

— Ése es el señor Mateo.

— Éste es el señor Pedro.

Cada uno decía lo suyo. Que si eran esto, que si eran aquello, que cómo habían hecho la fortuna, que si habían tardado tantos años en hacerla; pero cuando pasaba Ramoncito con su cordero tan adornado, y el señor Pablo tan vestido de limpio, aquello ya no eran comentarios: era exclamación deshecha, enternecimiento y controversia.

— Miradle, miradle. ¡Qué gracioso es!

— ¡Si parece de pasta!

— ¡Si lo es!

— ¡Eso debe haber sido un voto!

— ¡Jesús!

— ¡Lo han sacado de un escaparate!

— Parece el santito que tenemos en las Hijas de María.

También había gentes hoscas que decían con mal humor:

— Yo daría garrote á los padres.

— No sé por qué no hay un asilo para los chiquillos disfrazados.

— Esto lo debían prohibir los Gobiernos.

— Estas son supersticiones. Por eso andamos en España tan bien que pronto será un caos.

Un hombre hasta llegó á insultarlos.

Una mujer corrió á abrazarle y se volvió llorando.

Pero la procesión continuaba con más papelillos y más retama, y fuese el mareo propio del acto, fuese el deslumbramiento de los cirios, ó fuese que el andar despacio cansaba á la pobre criatura, el caso es que Ramoncito se echó al suelo y no quiso seguir.

Llora que llora y grita que gritarás, se quedó en medio de las hachas, y no había medio de hacerle andar.

El señor Pablo, apurado, le ofrecía caramelos y dulces y caballos de cartón; pero no, señor, no quería moverse.

Le amenazó con que en llegando á casa le encerra-

rían en el cuarto oscuro; tanto le importaba la obscuridad como la luz de las hachas.

Se enterneció; no le sirvió de nada.

— ¿Qué hacer? — se preguntó á sí mismo el pobre tenedor. ¿Dejarle allí con el borrego é ir á avisar á la familia? ¿Tomar un coche? Si en las procesiones hubiese ambulancias para cargar con la impedimenta de ángeles y santos y Verónicas que no pueden seguir la carrera, le habría cargado en el carro; pero como no había ni carro, ni carretón, ni suerte, ni misericordia de los hombres, le cogió en brazos... y adelante, que cuando se le hubiese pasado la tema le volvería á poner en el suelo, y llegarían como pudiesen.

Eso sí, al cogerlo en brazos pensó: «Pesado es llevar libros, pero mucho más pesado es llevar criaturas.»

Y para consolarse un poco hizo este comentario: «Bien he hecho yo en no casarme.»

Había hecho bien en no casarse; pero como cuando viene una desgracia suele venir otra detrás, y como el señor Pablo era hombre que no había nacido con suerte, mientras se hacía reflexiones con Ramoncito en brazos, ya fuese por los mismos motivos que habían detenido al San Juan, ya fuese el mal ejemplo, ya por dar guerra al pobre tenedor, el cordero también se paró y tampoco quiso seguir adelante.

— Á ver si también tengo que cargar con el borrego — dijo el pobre hombre medio llorando —. Á ver si también tengo yo que tirarme al suelo y dejar que

me pase la procesión por encima, y que me pisotee y que me aplaste.

Y mientras hacía estas exclamaciones, con cada gota de sudor como las de cera que caían de las hachas, la gente que veía aquel grupo, que estaba empantanado, también iba diciendo lo que se le ocurría.

— Lleve usted al matadero á ese animalito.

— Dale agua de azahar, ¡pobrecillo!

— ¡Que lo disequen!

Y uno de los chiquillos que pasaban le chamuscó con un cirio, y daba un olor de lana quemada que no se podía aguantar.

Por santos que sean los tenedores de libros y por santos que lleven en brazos, sucede que la paciencia da todo lo que puede dar de sí, y no pueden más y revientan.

El señor Pablo era bastante santo, pero santo «bien entendido», y tomó una resolución: dejar el borrego en medio de la calle y llevarse á Ramoncito, y sálvese el que pueda...

Y vean ustedes lo que es el destino; aquello fué lo que le salvó.

Cuando la criatura vió que dejaban el borrego cesó de llorar y quiso seguir andando.

Echó á andar y el borrego le imitó, y el señor Pablo respiró; pero el susto había sido tan grande y le tenía tan clavado pecho adentro, que, respondiendo á los curas que rezaban detrás, iba diciendo á media voz, á modo de letanía:

— ¡Nunca más!
 ¡Nunca más niños!
 ¡Nunca más procesiones!
 ¡Nunca más borregos!
 ¡Nunca más San Juanes ni ningún otro santo!
 ¡Los libros, los libros, y nada más que los libros!

Mientras pasaba todo aquel trastorno ya se había ido haciendo de noche. La procesión había llegado á la calle de la Princesa, y en vez de aquellas voces de antes, de aquel color y aquella luz, no se veían más que las hachas caminando como dos sierpes encendidas á lo largo de la calle. El silencio era majestuoso. Las caras, antes tan alegres, á la luz amarilla de los cirios parecían caras de entierro, caras de fotografía, caras de luz de bengala. La música tocaba; pero la marcha alegre de antes se había convertido en marcha fúnebre, y la impresión era tan solemne, que el borrego iba diciendo «¡Bel... ¡Bel...», un *be* de añoranza y de angustia, y Ramoncito iba andando, pero llorando al son de la música, y el resignado tendedor también tenía ganas de decir *be* para echar fuera la tristeza.

De pronto estalló un gran trueno. ¡No faltaba más! Ya tenemos lluvia. Las dos filas de hachas hicieron un zizás de azoramiento; después otro más fuerte, y se fueron apagando; después empezaron á caer unas gotas que parecía que llevaban cada una un rayo dentro, y la gente empezó á correr; y después, al llegar el chaparrón, gremios, niños, gigantes, clero y devotas, aquí caigo y allí me levanto, no quedaron

ni clases ni respeto; á golpes, á empujones, arrastras y como podían se metieron en los portales, y cuando ya los portales estuvieron llenos todavía entraron más, y cuando todo estuvo atestado, los que se quedaron en la calle corrían de un lado para otro como ratas envenenadas.

El borrego, el señor Pablo y Ramoncito fueron de los de la calle. Un San Juan, cuando es pequeño, en cualquier parte se mete; pero hacer entrar un borrego dentro de un portal cuando las personas están apretadas es más difícil que hacerlo pasar por el fiolato. Así es que tuvieron que aguantar todo el chubasco debajo de los canalones con «bees» y llantos y exclamaciones.

Y si ellos sufrían el chaparrón, figuraos el desencanto y el susto de los dueños de «La Puntual» y de la ristra de convidados que esperaban verlos pasar y no los vieron. Que si se habrán caído; que si habrán tropezado; que con los empujones de un barullo así se puede aplastar á una persona; que como el señor Pablo es tan sordo, no habrá oído llegar la tormenta y la habrán recibido á rayo hecho; que si el traje de San Juan no es traje para mojaduras..., ¡vayan ustedes echando comentarios! La señora del principal decía que enviase un municipal por la carrera de la procesión para preguntar por un borrego perdido; la madre quería ir ella misma. El señor Esteban la calmaba diciendo que más valía que Ramoncito recibiese algún empujón, que así se hacen fuertes los muchachos. Esteban no decía nada, porque no sabía qué

decir; pero por fin se aclaró el tiempo, y la madre, que estaba en la puerta mirando con ojos de madre, dió un grito de alegría porque vió que llegaban.

Llegaban, sí; pero ¡cómo! ¡Qué mojados! De aquel San Juan tan «niño» no quedaba más que la piel. Ni corona, ni banderita, ni sandalias, ni casi rizos; todo se había ido río abajo. El atribulado señor Pablo no había salvado más que el sombrero porque llevaba un pañuelo, pero había echado á perder el pañuelo, que valía más que el sombrero; el cordero casi no era cordero: sucio, lleno de barro, sin lazos y con las flores hechas una masa que le había desteñido por el lomo, en vez de un borrego de San Juan era un borrego de matadero que se había escapado y al que volvían á traer atado de una cuerda.

El chocolate fué triste, espeso, agrio, y el dulce... dulce de acíbar.

La tontería de abandonar el negocio por una cosa de lujo había resultado un escarmiento. No lo volverían á hacer más.

Y aun faltaba el epílogo, que fué el día de matar al cordero.

Ramoncito lloró tanto al ver que se llevaban á su amigo, aquel amigo tan buen amigo que había tenido ocho días sin abandonarle ni un momento, que había ido con él á la gloria y no le había abandonado al venir el desastre, al ver que se le quitaban y que se iba mirándole con aquellos ojos tan tristes y llenos de dulzura, como queriendo decir «¡Me ha llegado la hora!», que creyeron que enfermaba.

— No he visto criatura de tanto sentimiento como ésta — dijo la madre conmovida.

— No sé á quién se parece — dijeron las tres Marías á un tiempo.

— Déjate de parecidos y de corderos y de cosas fútiles — dijo Esteban á su mujer —. Con una vez basta de procesiones y novelas. Baja á la tienda, que hay muchos pedidos atrasados, y los pedidos son los pedidos.

VII

Siguen las aleluyas.—Cambio de estudios y de pensamientos.
Los padres proponen y los hijos disponen.

Aquel día del Corpus señaló la hora de cortar los rizos.

Con cinco años de llevar en la cabeza aquella especie de adorno inútil, ya había bastante, y acaso demasiado. Ya era hora de dejarse de andróminas y de suplementos decorativos, para empezar á hacer comprender al niño que al mundo no venimos á lucirnos, sino á trabajar, y que el que lleva demasiado tiempo tirabuzones y otras tonterías, corre el peligro de acostumbrarse á ellas y andar adornado toda la vida.

Esteban quería que su hijo fuese todo un hombre, y cuanto antes, mejor. Así es que al día siguiente, no sólo le hizo cortar el pelo, sino que le vistió de hombre: pantalón largo y americana hechos del mismo paño de que se había hecho él un traje; botas de elásticos como las suyas, sombrero de la misma forma que el suyo, y todo tan parejo y tan exacto, que

cuando iban juntos padre é hijo parecía que al nacer el hombre habían dado la criatura de añadidura.

Lo único que logró con aquel cambio fué que todos los chiquillos de la vecindad, cuando vieron salir de «La Puntual» á aquel niño tan «severo», le tuviesen mucho más respeto del que le habían tenido hasta entonces. Eso de jugar al chito y á las cajas con un niño que iba de pantalón largo, que llevaba «leon-tina» de níquel y un reloj que, aunque no andaba, hacía el mismo efecto que si anduviese, les daba importancia, y si bien los chiquillos de todas clases no se fijan mucho en la ropa, el habérselas con un individuo que desde tan joven gasta capa, era para inspirar cierto temor.

Y á fe que no debieran tenérselo, porque nuestro ex rizado Ramoncito era un chiquillo muy bueno. Comparado con la patulea que se criaba por aquellos alrededores, que hasta cuando jugaban á jugar enseñaban las uñas, Ramoncito era un cordero. Si acaso notaba que le estafaban, se dejaba estafar pacíficamente, y sólo en lo muy hondo tenía un nido de rebeldía, que es de donde le nacían las lágrimas; si pegaban á uno que fuese más débil, siempre se ponía de parte del más débil, aunque le tocase perder, y á generoso ninguno le ganaba. Lo era tanto y tan naturalmente, que si los chiquillos supiesen pensar, se hubiesen dado cuenta en seguida de que era diferente de los demás, y no por la capa y el sombrero, sino por los sentimientos que llevaba dentro.

Creció de este modo, y con él fueron creciendo los

instintos, y una sensibilidad exquisita y una comprensión extraña, y un ansia por saber de todo, menos de lo que le convenía.

— Esta criatura no se fija — decía muy á menudo su padre.

— Ya se fijará—decía la madre—. Yo he conocido comerciantes que hasta que han sido mayores de edad no han empezado á fijarse en nada. Hay que dejarle crecer.

— Aquí me tienes á mí, que á los cuatro años...

— Es que otro Esteban como tú no le hay en Barcelona. Estáte tranquilo y no te preocupes, que no tienes motivo para quejarte.

No tenía motivo para quejarse, pero no tenía motivo para estar contento. El niño vivía en la tienda, pero su espíritu no. Aquella estantería era estrecha para él, como la capa y la americana, porque él crecía y las cosas no, y no podían avenirse. Sentía como un estremecimiento que le obligaba á mirar fuera; un poco de hormigueo allí donde nacerían las alas, si los niños tuviesen alas; el desasosiego que sienten los leones jóvenes que están enjaulados; y ni el mostrador, ni el mismo mostrador, con todo el atractivo que tiene un mostrador, le podía calmar los nervios; así es que cuando, á los diez años, un día Esteban le dijo que le acompañaría á la escuela para que le enseñasen á vivir, pensó que eso quería él: que le enseñasen á vivir, y en vez de sentirlo, como tantos niños de la vecindad, fué más contento que unas Pascuas.

La escuela adonde le llevó Esteban (el abuelo tenía una bronquitis y no le pudo acompañar) ya no era aquella misma escuela de la calle de los Flaçaders. Aquella se había ido al cielo con el encerado y el maestro, y ya no había ni Ceca, ni Meca, ni Valle de Andorra. Aquellas dos salas de enseñanza eran almacén de conservas. La escuela de ahora ya no era una escuela, era «un colegio»; un colegio en toda forma, con escalera de mármol, con higiene y con miras hacia el porvenir. Aquel encerado espacioso se había ido achicando y ya no presidía la casa; aquella sala tan pintoresca ya era una sala simétrica, con ventilación, con «aseo» y con aire (dos metros cúbicos por discípulo), y aquella enseñanza tan sencilla se había complicado: además de las cuatro reglas que pedía Esteban, enseñaban unas cosas que Esteban no podía entender y muchos de los discípulos tampoco: enseñaban piano, solfeo, hasta latín y hasta dibujo, y si no enseñaban más, no es porque los maestros no supiesen, sino porque nadie lo pedía.

Por más que el padre recomendó que de todos aquellos adornos hiciesen poco caso, y que cuantos menos, mejor, y por más que dijo el maestro que podía irse tranquilo á casa, que se suprimirían, miren ustedes lo que es el destino: el diantre de Ramoncito, en vez de dedicarse á las famosas reglas, que eran lo que le correspondía, le tomó el gusto á las cosas inútiles, y ésas fueron las que estudió con más afán. Claro que aprendió de cuentas (á fuerza de emborronar pizarras se aprende), pero como quien toma una

purga. Claro que aprendió á resolver una multiplicación por tres cifras, pero en llegando á la cuarta se encallaba, y en vez de multiplicar se perdía; y en cambio, lo que no le convenía, las historias de hechos distintos, que para vender mercería no le hacían ninguna falta; la lectura y la elocuencia, que para despachar á las parroquianas se necesita poca y concisa; y sobre todo el dibujo, que nunca le había de servir, le atraían de tal modo que no podía dar abasto para aprenderlo. Ya le podían dar á leer cosas, que todas las devoraba; ya le podían dar láminas con ojos y orejas y narices, y figuras geométricas para copiar; en dos rayas de lápiz las sacaba, y calcaditas como la estampa; ya le podían dar solfas, que él se daba más prisa á aprenderlas que el maestro á tocarlas. Menos las cifras que le convenían, todo le entraba en la cabeza. Iba saltando carteles como quien salta á la garrocha, y de los carteles pasaba á los libros, y de los libros pequeños á los más grandes, y el maestro estaba apurado, porque con el empuje que llevaba, si no se le quitaban de delante, pronto sabría más que él. Y todo esto sin preocuparse, alegre, templado, gracioso, pasando lecciones como quien come un caramelo; aprendiendo lo más complicado sin fijarse (como decía su padre), recordando lo que leía con un aire de á mí qué me importa, y quedándole tiempo de sobra para ir á correr y armar jaleo.

Eso sí; hasta en esto se apartaba de las tradiciones de «La Puntual»: él no hubiera ido nunca á la explanada si la explanada hubiese seguido existiendo. No

le gustaban los sitios tristes. Iba siempre á la orilla del mar, donde hubiese luz, donde hubiese azul, donde encontraba espacio para los ojos y aire para llenarse los pulmones; iba allí donde veía árboles, allí donde veía flores, donde veía gente que se moviese, donde oyera reír; iba como los pájaros, donde pudiese cantar en libertad y no hubiese paredes de tienda que le obscureciesen la vista y le estrechasen el corazón; iba donde va la juventud, cuando no la encierran, á olfatear la vida y el mundo en que luego tendría que vivir.

¡Figuraos, figuraos, hijitos míos, qué trastorno en aquella casa, si Esteban hubiese sabido ó hubiese podido sospechar el empuje que llevaba Ramoncito! ¡Acaso á aquel pobre padre le hubiera llegado el momento de tener alguna emoción! Pero ¡cal! ¡Ni veía nada, ni podía ver nada, ni tenía vista para verlo! ¡El hombre que siempre ha vivido detrás de unos escaparates tiene el «panorama» empañado y no sabe lo que pasa fuera! ¡El que ha estado siempre encerrado en una caja de corchetes no sabe lo que es la libertad! ¡Esa santa libertad que tantos cantan y tan pocos aman! ¡El que ha envejecido bajo la estantería no puede ni sospechar siquiera que haya niños «desesantizados» á quienes les guste más un rayo de sol que todas las cintas y los hilos que pudieran rodear al planeta! Los deseos de aquel niño, que con sólo catorce años ya encontraba el mundo estrecho, no los podía comprender un hombre que medía sueños y ambiciones valiéndose de la media vara. Todo

aquello era demasiado ancho para él, y más le valía que lo fuese, porque, á no serlo, el pobre Esteban no hubiera dormido por las noches, y ahora dormía y hasta roncaba.

Un día encontró un libro encima del mismo mostrador. Un libro que no era de comercio; una historia ó una novela, que no pudo saberlo de fijo, y tampoco le dió importancia, y también valió más que no se la diese.

Aquel libro tan sencillo que entraba en la casa era, sencillamente, el gusano que había de matarla.

VIII

Últimos momentos y últimos consejos del fundador de «La Puntual». — Día de luto para Ribera. — El entierro. — Esteban pasa á ser el señor Esteban.

Aquel libro trajo otros. En el despacho de Ramoncito fueron apareciendo tantos libros, que parecía que los llamaban con reclamo. Todos los que tenía el señor Pablo en un rincón de la librería y que nunca había leído nadie; todos los que le prestaban los compañeros; todos los que traía de la feria comprados con sus ahorros, fueron pasando por la tienda, y se fueron leyendo á escondidas, y de noche, y á media luz, con aquel hambre de devorar letras que tienen los que las aman.

El gusano iba royendo.

En un muchacho de padres tenderos, de abuelos tenderos y de bisabuelos comerciantes, hubiera sido curioso saber por qué atavismos lejanos y por qué vericuetos intrincados había nacido aquel hambre de leer todo lo que encontraba. Eso que lo pongan en claro los sabios que tienen tienda abierta de sabio,

que yo no hago más que anotarlos; pero mientras decidan lo que sea, lo que yo tengo que hacer constar es que en cuanto Ramoncito veía un trozo de papel impreso se echaba sobre las letras como un halcón sobre la presa. Así como hay perros que tienen que morder trapos porque están echando los dientes, así Ramoncito tenía que morder libros porque estaba echando inteligencia, y en cuanto cintas é hilos le dejaban una hora libre, tragaba á qué quieres boca cada capítulo de novela, ó cada poesía (aunque fuese clásica), ó cada divagación histórica, que había para pervertir con ellas al tendero de Ribera que tuviese la cabeza más firme.

Los libros generalmente ponen tristes á los desgraciados que los leen. Se cuentan en ellos tantas tristezas que no son más que penas retóricas, tantos desengaños menores de edad, tantos gemidos traídos por el consonante y tantos desengaños de alquiler para dar gusto á la parroquia, que el pobre joven que los lee y no sabe por experiencia propia que todo aquello es para vender más y para explotar la lágrima, cae como las mariposas á la luz triste de un quinqué; pero Ramoncito no era así; las penas, los lamentos y hasta los versos, le servían para alimentarle y para fortalecerle el alma, le daban ambición y valor, y le hacían ver un más allá en el que, ¡ay!, ó se había de salvar él, ó se había de perder la casa.

Esteban entretanto estaba con la boca abierta, porque era cosa natural en él, y la madre, porque no hay madre que no lo esté en tratándose de sus hijos.

Del destrozo que aquellos libros iban haciendo en las ideas del heredero no veían nada, no podían ver nada, porque así como el muchacho padecía el delirio de la letra, á ellos la ambición del negocio se les había entrado tan adentro, que ya no pensaban en nada más; él en ir recogiendo cuartos y ella en ir ahorrando y haciendo hucha. Habían puesto más secciones; habían tomado dos dependientes más; el viajante iba y venía por todo el mapa haciendo pedidos y más pedidos; el señor Pablo tenía que velar para dar abasto á los asientos, que le tenían sentado catorce ó quince horas diarias, y mientras Ramoncito se llenaba el entendimiento de todas las fantasías y todos los idealismos que se le ponían delante de los ojos, y Esteban y su mujer iban llenando la caja con todos los dineros que pasaban, el hecho más transcendental que les había sucedido desde que «La Puntual» era puntual, les vino á llamar á la puerta.

El señor Esteban, con gran trabajo, tosiendo, ahogándose y sostenido por la voluntad, había ido á la casa y les había dicho á modo de aviso:

— Me «liquido», hijos míos; me liquido. Pronto me tendréis que borrar del libro de cuentas corrientes.

Y como quien dice con tristeza «cuando caigan las hojas», él decía con cierta amargura: «En cuanto esté hecho el balance, me retiraré de la vida.»

Llegó el balance de fin de año; lo firmó serenamente en la última hoja del libro, y como no había firmado ninguno de tanto provecho como aquél, se fué contento á «liquidar», y no volvió á salir de casa.

Á los dos días de estar en la cama pidió confesarse, y se confesó para cumplir como Dios manda. Por lo mismo recibió á Nuestro Señor, y al tercer día de estar en la cama, llamó á los de la familia para ir bien despedido y hacerles los últimos encargos.

Todos fueron inmediatamente, y le encontraron medio sentado, apoyándose en cuatro almohadas, en un lecho colosal de aparato, trono solemne de la muerte, dentro de una sala desnuda, donde no había más que un sillón, la caja de caudales, un candelero y dos mapas (el de este mundo y el del otro), y donde hacía un frío que si en el cuarto hubiese habido hojas, se hubiesen caído todas.

El señor Esteban, viejo como era, á punto de liquidar como estaba, y tosiendo, y ahogándose y muriéndose, aun conservaba fuerzas, aun guardaba energías. En aquellos ojos que se hundían aun había un mirar firme que denotaba voluntad; en aquella boca, dibujada no más con un trazo de lápiz, aun quedaban dientes; en el cráneo, tallado á hachazos, aun quedaban cabellos negros, señales de aquella raza fuerte que echa raíces de familias.

Fué llamando á la descendencia, y por orden riguroso se fueron colocando en torno al lecho. Esteban y el muchacho á la derecha, la señora Felicia á la izquierda, más hacia los pies la señora Pepa, Tomasa y la señora Rosita, y á los pies por completo, las tres Marías; y cuando los tuvo á todos reunidos, el señor Esteban hizo un esfuerzo, y sacándose del pecho el poco aire que todavía le quedaba, dijo, con el

tono sentencioso de quien se sentencia á sí mismo:

— Hijos míos, me voy. No digáis que no con la cabeza, porque me voy. Cada uno se muere á tantos años fecha, y á mí me ha llegado el vencimiento. Me voy, pero no os alarméis, porque lo dejo todo arreglado. Tengo hecho testamento, que no os enseñe porque es lo primero que miraréis en cuanto cierre los ojos, y ya sé que os agradecerá, porque he hecho más economías de las que podéis figuraros.

Tosió y continuó:

— Me voy tranquilo de este mundo porque os dejo tranquilos á todos y sé que lo estaréis más cuando yo falte, porque ya iba abusando de vivir. Ya he hecho bastantes cosas para irme. Fundé «La Puntual», como quien dice, la crié, la hice hacer crecer, os la di como madre, os he dado consejos á todas horas, y tantos años de dar consejos cansan; cansan á quien los da y á quienes los reciben, y ya empezábamos todos á cansarnos.

Respiró un poco y siguió:

— Hoy os daré los últimos. Tened paciencia, que ya se acaban. Os dejo una viña plantada; cuidadla, que una vez plantada, ella sola da uvas y no es nunca cosa muerta. No subáis nunca de repente; id subiendo poco á poco, y hoy una piedra y mañana otra, iréis haciendo de «La Puntual» como una especie de iglesia, que será el orgullo de la familia. Yo he puesto los cimientos; Esteban y su padre los pisos, y ahora te toca á tí, Ramoncito; tú tienes que hacer el tejado.

Aun le quedaba aire, y siguió:

— No os daré más consejos, porque ya no me queda tiempo y no puedo entretenerme. Iré al grano y resumiendo. No os fiéis nunca de las palabras, que las palabras deslumbran y tergiversan las cosas; no os fiéis tampoco de las firmas, porque son palabras escritas; no os fiéis de las mujeres, porque son máquinas de hablar, y no os fiéis ni de vosotros mismos, porque podéis equivocaros. ¡Hechos, siempre hechos!, que todo lo demás son nubes y el comercio no vive en las nubes.

Y no pudiendo ya más, fué al grano :

— Y ahora, adiós, y nada de lágrimas ni de tontearías. ¡Hechos! Conservad un recuerdo mío, pero sobre todo, conservad el crédito. ¡Hechos! Un entierro sencillo, y... ¡hecho!

No pudo decir nada más. Estuvo una hora agonizando, diciendo : «¡Hecho...!», entre dientes, y cuando se calló se murió.

La familia lloró un rato por orden de sentimiento y por calidad de parentesco; pero siguiendo las órdenes del difunto, de no verter demasiadas lágrimas, dijeron todo lo que se dice cuando se muere alguien á quien ya le llegó la hora de sobra: que «se ha hecho todo lo que se ha podido», que «ha muerto con todo su conocimiento», que era un gran hombre y un gran bisabuelo, pero que ya tenía edad de morirse, y como la cuestión eran ¡hechos!, con la excusa meritoria de saber qué disponía para el acto de su entierro, abrieron el testamento, que no decía nada del entierro.

Lo que decía es que dejaba por heredero de todo

lo que tenía y tuviese, de «La Puntual» y de lo demás á su sucesor Esteban; un usufructo á su mujer, alguna manda á los parientes, trescientas misas baratas..., y lo demás retóricas de las que añaden los notarios para dar solemnidad al papel y para que entren más pliegos.

Los que quedaron más contentos siguieron diciendo que era un grande hombre; los que esperaban más se callaron, pero se pusieron amarillos; á los que no les tocó gran cosa se marcharon para hablar mal del muerto en cuanto acabaron de bajar la escalera; pero todos fueron al entierro con igualdad de tristeza y parecido de ropa negra.

El entierro, según la voluntad demostrada por el difunto, fué una cosa sencilla, pero al mismo tiempo «decorosa» (cinco coches y el famoso faetón); pero si el aparato era modesto, la concurrencia era escogida. Todos los comerciantes de aquel barrio quisieron animar el acto y manifestar la alta estimación que les merecía un hombre «entero» que había vivido noventa años, siempre consecuente en lo mismo: en una idea eficaz, seguida y perseverante que nunca se había doblegado y que hacía honor á la clase. Detrás del duelo, que iban presidiendo Esteban, el concejal, el veterano, Ramoncito y el comerciante en granos, marchaba lo mejor del barrio, con la mejor ropa del barrio, haciendo acto de presencia, de consideración y de respeto. Allí todo el ramo de comerciantes en granos de toda la calle del Rec abajo; allí todo lo mejor del comercio de drogas de toda la calle de

Moncada; allí los gallineros y conejeros de Born y de todos los alrededores; allí lo más escogido del comercio de manteros, pañeros y comerciantes del ramo del vidrio, del ramo de la sal, el estado mayor de la mercería, los fabricantes de tejidos, los tintoreros y curtidores; allí dos tenientes de alcalde, el vicario de San Cugat, un beneficiado de Santa María, un comerciante en bacalao, riquísimo, que hasta había estado en Escocia; allí el pobre señor Pablo, y allí el viajante de la casa, que había llegado de Pamplona para volverse á marchar al día siguiente, y allí toda la gente seria, los de la procesión, los que cumplen, los que firman, los prudentes, los morigerados, los que cierran la tienda en cuanto pasa un perro con cara de tener hambre, los que no se comprometen nunca, los que miran más por la «Casa» que por los que tienen que vivir dentro de ella, los menestrales de todas clases, sostén de la barriada y preciado joyel de Ribera.

Cuando llegaron al llano de Palacio se despidieron casi todos, y los más amigos ó más parientes, los que estaban desocupados ó los que ya habían perdido la tarde, llegaron hasta el cementerio.

Allí buscaron el nicho, en aquellas filas de pisos que también parecían estanterías, y antes de colocar al difunto en el número que le correspondía, que era el mil doscientos cuarenta, los enterradores preguntaron si alguno le quería ver.

Dijeron que sí; abrieron la caja; le miraron cosa de dos minutos; llamaron á Ramoncito, que se había

quedado mirando las estatuas de los panteones, para que también le mirase, y, no sabiendo lo que hay que hacer cuando se tiene delante á un difunto, quisieron decir algo.

— Se ha quedado completamente natural — dijo para empezar Esteban.

— ¡Qué hombre! — dijo el concejal.

— Ya se va perdiendo la clase de esta especie de héroes — dijo el veterano.

— Ya pueden cerrar — dijo Esteban.

Y cerrado con paño y llave en su estante y en el cajón correspondiente, todos fueron pasando por delante del duelo, y fueron diciendo lo mismo:

— Señor Esteban, le acompaño á usted en el sentimiento.

— Le acompaño á usted en el sentimiento, señor Esteban.

Esteban había subido de grado: de Esteban se había convertido en señor Esteban.